

PTERODÁCTILOS

Helena Corbellini

Yo vi tu atroz escama
Octavio Paz

Los cuellos de los dinosaurios se erguían en el horizonte. Una luz crepuscular bañaba aquella frontera desconocida. Me doblé los dedos hasta hacerlos crujir, por encima de los murmullos y las imprecaciones supe que la historia recién comenzaba.

Al mediodía nos habían ordenado que permaneciésemos adentro. Los días anteriores habíamos hecho breves excursiones por los alrededores de aquellas tierras, quinientos kilómetros alejadas de cualquier centro poblado. El edificio había sido construido especialmente para la situación. En esas salidas, lo único raro que advertíamos era la exagerada calma de las cosas. El suelo, las nubes, parecían detenidos. Nos faltaba el sonido constante del viento de la ciudad marítima de donde veníamos.

El día vigésimo la orden fue clara: no deben salir. Nadie replicó. Sobre las dos de la tarde, tirados sobre las colchonetas, escuchábamos el zumbido de las moscas y nuestras respiraciones fatigosas. Pero yo además sentí una impensable ronda de alguaciles. Con las alas transparentes y azules y la cabeza de aviador, esos insectos siempre anunciaron la lluvia. Seguramente una gran tormenta se acercaba.

A medida que la tarde avanzaba, todo era silencio y pesadez. La pampa calcinaba. Fue entonces que avizoramos aquellos cuellos delgados y lentos, y alguien habló de huir.

¿Qué estamos esperando? Deberíamos irnos, dijo y aunque muchos estuvieron de acuerdo, otros no. Discutimos. Un piar de pájaros ensordecedor nos tapó la voz. Gorriones, petirrojos, benteveos anidaban en los recovecos del edificio. Los graznidos de una bandada de gaviotas surcaron el último resplandor de la tarde y yo dejé de entender dónde me encontraba. Aquel era un atardecer de mi infancia, en mi casa cerca de la playa, y no la pampa tediosa.

La gente se atropellaba. Corrían escaleras abajo, cada peldaño parecía vencido bajo el peso de tantos pies.

Manoteaban sus bolsos y valijas y los llenaban con ropa arrugada y objetos inútiles. Vi camisetas limpias apelmazarse contra fotos y pastillas

de menta. A mi lado, una mujer joven de pelo rojo, apiló pañales descartables, un *spray* insecticida, sobrecitos de té, una bufanda, leche en polvo, y un *walkman* que se hundió en la boca del bolso.

Un hombre volcó sus pertenencias sobre la colchoneta y revisó objeto por objeto. No encontraba el cepillo de dientes.

¿*Tú lo viste?*, me preguntó girando la cabeza. Yo detuve los ojos en sus blancos, anchos incisivos. *No*, suspiré y pasé la lengua por mis encías enrojecidas. Me dolían, estaban inflamadas. Introduje un dedo en la boca y me froté el maxilar superior. Cuando lo retiré, había gotas púrpura en la yema y la uña. Enseguida, el gusto de la sangre me impregnó la boca.

Yo había recibido exhaustivos informes sobre los efectos de aquello que denominaron *glauconitas*. Pero las investigaciones se contradecían y mis archivos eran hipótesis sin verificar.

Me pregunté si esas encías inflamadas serían el primer síntoma, pero no lo repetí en voz alta. No quería aumentar el pánico, pero sobre todo temía lo que pudieran hacer conmigo. La cacería estaba por iniciarse y nosotros seríamos las víctimas.

* * *

Alguien encendió la luz. Los rostros se vieron pálidos. En las paredes las figuras se alargaban con los movimientos lentos de los gigantes. Quedábamos cien dentro del edificio, los demás se habían ido. Estábamos seguros de que fuera sucedería algo peor.

Comenzó a soplar un viento huracanado y la luz se apagó. Judith fue derribada por un golpe duro en el hombro. Después contaría que fue como si un cuerpo enorme la derribara a su paso, un cuerpo que no logró identificar porque ocurrió demasiado rápido.

Tendida sobre el piso helado, sintió el pisotear rasante de los zapatos. Intentó enderezarse, aun con el temor de ser pateada en la cara. En la oscuridad, algo comenzó a arrastrarla por el pelo, pero de un tirón logró soltarse. La empujaron varias veces antes de ponerse de pie. Se palpó el cuerpo. Tenía un dolor agudo al respirar. Probablemente una costilla fisurada. *Nada grave*, se dijo.

Recién entonces pudo ver. Las Mujeres Viejas atendían a los heridos y encendían docenas de velas con sus dedos arrugados. La existencia se reiniciaba más frágil y más antigua. En las caras reseca de las Viejas había congoja, pero no lloraban. Llevaban pañuelos grises en las cabezas, anudados bajo el mentón. La Vieja Matilde tenía una marca roja en la frente, ancha como una cicatriz. Le dirigió a Judith una mirada

compasiva. *Mi hijo, mi marido*, gritaba ella. *Mi hijo, mi marido*, siguió repitiendo con una voz que se perdía.

Se abalanzó contra los vidrios cubiertos de escarcha y tierra. Uno estaba roto, como si hubiese recibido una pedrada. Por allí vio los pastos segados de luces azules y rojas. Intentó distinguir nuestros cuerpos cautivos en la oscuridad.

¡Cuidado!, gritó Matilde, y se apresuró a cubrir la abertura con una bolsa de nailon.

¿Crees que eso detendrá las glauconitas?, replicó Judith con amargura.

No sé qué son las glauconitas, dijo otra Vieja. *Pero lo intentaremos todo*. Subrayó *todo*. Era obesa y tenía los brazos en jarras. En vez del pañuelo, llevaba un gorro frigio.

Judith estaba descalza. Matilde, que no la perdía de vista un instante, registró la habitación y encontró unas zapatillas. Aflojó los cordones y se las alcanzó. Ella introdujo cada pie como borracha. La Vieja del gorro frigio le tendió una chaqueta de cuero. *Le hará falta. La temperatura descendió a bajo cero*. Y después, haciendo un semicírculo con la mano derecha: *Usted no debería salir. Será inútil*.

Judith subió hasta el tope el cierre de la chaqueta y se levantó las solapas, cubriendo las curvas dóciles de sus orejas. Abrió la puerta con la mirada puesta en el campo y atravesó el umbral sin responder.

Fue tragada por la inmensidad de la noche.

* * *

El silencio había vuelto y envolvía la realidad. Pronto se acostumbró a la negrura y distinguió contornos en las tinieblas. Sus otros sentidos se aguzaron, oído y olfato jugaban una carrera contra la muerte. Un rumor en la maleza, un olor a podredumbre de alcachofas, le dictaban sentencias desconocidas. Tenía los miembros y el instinto de un animal joven, pero con la memoria milenaria de los mamíferos.

Un proyectil cruzó sus pensamientos y le golpeó la cabeza. Aunque tambaleó, no logró tumbarla. Aturdida y con los ojos anegados de lágrimas, se restregó el cráneo herido. La sangre manaba espesa y caliente.

A la luz de un relámpago se topó con un hormiguero gigantesco. Dio dos pasos atrás. Un nuevo relámpago le hizo ver las patas y antenas que emergían de los agujeros. Hizo un rodeo por el terreno reseco y socavado. Los hoyos se multiplicaban y casi no había espacio donde apoyar los pies.

Ya no fluía sangre, pero sentía ardor en la herida. Arrancó hojas de un arbusto empapado de escarcha y, mezclándolas con saliva, formó un emplasto con los dedos. Cubrió aquel tajo profundo.

Levantó las cejas y la mirada dudó hacia el cielo. Un relámpago feroz abrió los nubarrones y la tierra se arqueó como el arco de un violín.

Un mundo de vértigo nacía desde los sueños. Truenos y peces, pájaros y truenos herían el aire. Por encima, los quejidos mortales de los dinosaurios alzaron en vilo la noche.

Judith avanzaba en la oscuridad ciega. La lluvia convertía aquel terreno en un barrial. No tenía pensamientos pero la intuición la guiaba. Se detuvo frente a un matorral espinoso. Apartó de un manotazo las ramas, el corazón le estallaba como una máquina a vapor. Allí se acurrucaba el cuerpecito aterido del Ismael. Una membrana gelatinosa se extendía desde sus falanges hasta las rodillas, haciendo más curva la posición. Judith la deshizo con los dedos. También le pareció que aquella cabecita ladeada, se había vuelto más estrecha y larga. Lo alzó y lo pegó contra su pecho. *Mi amor, mi amor*, musitaba y le llenaba la cabeza de besos. La respiración era tenue. Sintió el olor rubio del pelo como el chorro de una fuente. *Mi amor, pronto vamos a estar en casa*, dijo y las zapatillas se le hundieron en el barro.

En el último piso del edificio crepitaban las llamas de la estufa. Las Viejas improvisaron una cama para Ismael. *Aunque no abre los ojos, este niño respira*, dijeron. Parecía dormido en un sueño con pesadillas. Las llamas le quitaron el frío de la piel. Judith le limpió los mocos y la tierra de la cara y las manos. Respiró ronco, como si saliera de la pesadilla. Murmuró: *las piedras* y detuvo la mirada en el aire, buscando algo que no había allí. Pidió dos veces agua y las Viejas le dieron de beber.

Judith lo abrazó. De la piel se desprendía el vaho de los pantanos. Él volvió a cerrar los ojos, pero esta vez con un sueño tranquilo. Ella le besó los párpados y su pelo cayó como un velo negro sobre la cabeza del niño. Después les hizo señas a las jóvenes para que se ocuparan de él y se dispuso a salir nuevamente. La miraron con lástima, pero nadie se atrevió a hablar.

* * *

La tormenta arreciaba. Gotas grandes, blancas y pegajosas caían ablandando el mundo. El frío le entumeció el pie derecho, recién entonces se dio cuenta de que había perdido una zapatilla en el zarzal. Los abrojos le atravesaban la media de hilo, pero no se detuvo a quitárselos. A su alrededor, helechos y matas crecían con avidez. La vegetación pronto sería desbordante en aquel territorio que se había mantenido durante una era seco, con pastos ralos y sin árboles.

Arrastraba la media entre el fragor de los vegetales. Los redodendros alcanzaban los dos metros y cerraban el paso. Las anacahuítas chocaban las ramas como forajidos atacándose entre sí.

La lluvia había cesado. Se oían cercanos los mugidos feroces.

Una loma surgió ante ella. La escaló con una corazonada fatal. Cuando alcanzó la cima, el pecho se le inflamó con un suspiro profundo. La luna asomó hecha un andrajo.

Desde lo alto, el mundo se miraba destrozado.

La luna iluminaba la sangre que todavía manaba de los muertos. Miles de hombres, mujeres, niños. Cuerpos que se enroscaban como gusanos desprendidos de la fruta. Alrededor, la yedra crecía solapada hasta cubrirlos y olvidarlos.

Ella avanzó entre los cadáveres y las raíces sabiendo que yo no estaba allí. Muchas otras cosas supo de pronto. Entre ellas, que tenía mi voz adentro del cuerpo y que antes de nacer había visto aquella noche.

* * *

Durante horas, su marcha penosa contradijo el rápido crecimiento de la vegetación, que le desgarraba la ropa. Pronto tallos y hojas fueron inmensos y cada hoja era un pájaro que se removía en el nido. Las ramas se sacudían y los graznidos eran demasiado fuertes, como si alguien apretase la señal de volumen en un control remoto.

Prosiguió la marcha y vio cómo la luna avanzaba desde el firmamento al centro del cielo. También vio cómo rotaba el eje de la Cruz del Sur.

El verde umbrío fue desapareciendo y recomenzó el páramo. Sobre la tierra grisácea, oyó los cascos de un caballo. Lo vio venir al galope. Era blanco y la luz de la luna se volcaba sobre él. Pasó de largo. Los cascos se alejaron.

En el horizonte se levantaba un túmulo de piedras. Piedras pulidas que tenían grabados signos en la superficie. Signos con recuerdos. Leyó la plaza donde jugaba cuando era niña y la mano caliente de su madre. Leyó signos de multiplicar y dividir, la primera menstruación, la muerte de su perro. Leyó la piedra con que jugaba a la rayuela y con la que a veces alcanza el cielo.

En medio del túmulo, una roca más grande y lisa guardaba un canto. Alrededor se esparcían cáscaras de huevos y amatistas.

Desde el sudeste llegó la incesante evocación del viento. Ella tembló de frío, la ropa hecha jirones caía a pedazos; el pelo desmañado le azotaba la cara. Oyó nombres hermosos con el viento. El cielo era una piedra inmensa que poco a poco clareaba.

Yo aguardaba en duermevela, y entonces fue que la vi: allí estaba, una mujer desnuda en un rubor de luz.

La vi y articulé un graznido casi inaudible. Con las extremidades adheridas a la membrana blancuzca, no podía moverme.

Se arrodilló llorando junto a mí. *¿Qué te hicieron?*, dijo. Rompió con fuerza la ligadura cartilaginosa y apoyó mi cuerpo desfallecido contra su pecho. Acarició las enormes alas que, ahora, eran mis brazos. Las plumas pardas se doblaron sobre su vientre. Luego estiró las manos hacia mi cabeza y deslizó las palmas sobre el agudo pico. Me reconocía.

El viento soplaba con más intensidad, pero yo sólo sentía el amor infinito de mi mujer entibiándome la sangre. Era la orilla donde encallaba el mundo.

Con grandes esfuerzos me enderezó. Yo arrastraba los pies. Las alas me pesaban a los costados. Estiró mi ala izquierda sobre su hombro y me tomó por la cintura. La cabeza ovoide se me cayó suspendida por el peso del pico.

Ismael está a salvo, dijo ella. Se cubrió el cuerpo con los harapos de lo que había sido mi ropa. Juntos continuamos la marcha.

En la llanura de los huevos y los cadáveres, las Viejas levantaban piras funerarias y tosían por el humo. En lo alto disponían los huevos gigantes, y los cuerpos, como coágulos transparentes, se veían encogidos dentro de las membranas. El hedor de la carne muerta quemada saturaba la atmósfera. Unas, arrodilladas, iban agregando ramas al fuego. Otras, de pie, rezaban. Los pañuelos grises de las cabezas parecían pelotas de mugre en el aire.

Solo las vimos de lejos, porque Judith giró la cabeza un instante y al comprobar lo que ocurría, ya no volvió a mirarnos. Nuevos relámpagos surcaron el cielo. Entonces la Vieja del gorro frigio nos vio, se sacó el gorro de la cabeza y con él en la mano, saludó hacia nosotros. Pero Judith no le hizo caso.

Si seguimos camino, antes del mediodía estaremos en casa, me indicó.

No se equivocaba. Atravesamos la gran llanura sembrada de restos calcáreos, luego nos empapamos en la humedad de la selva. Todo estaba quieto. Nada se oía, como si la llegada del día hubiese devorado vuelos y rugidos.

A lo lejos se divisaba el edificio, resquebrajado, como una mueca torpe del amanecer.